



IdIHCS | Instituto de Investigaciones en
Humanidades y Ciencias Sociales
Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género

Eje 4

Identidades: entrecruzamientos de género, etnia, clase Coordinadoras: María Silvana Sciortino y Violeta Benalgo

América, figura de mujer: la ingeniería genérica del mundo occidental

Mariela Valcárcel (U B A)
mdebouvry@yahoo.com.ar

En el siglo XVII, la inscripción de la tierra americana en el orden de lo “femenino” no era una cuestión menor en lo tocante a las operaciones políticas de dominación imperial sobre los cuerpos de los criollos^{18*} y nativos nacidos en el Nuevo Mundo; *oscilación de la carne*, marca de imperfección, de oscuridad y de torpeza, el “género” de Eva es comodín de exclusión de acuerdo al aire que respira el criollo, el medio que lo ha *hibridado*, y la razón europea que le ha faltado.

En este trabajo las marcas de género devenidas normas culturales de la “inteligibilidad sexual” (Butler 2007) se vuelven claves para entender no sólo las *invenciones de la diferencia* en torno a los presupuestos sobre lo femenino y lo masculino en el siglo XVII sino también cómo en un contexto de discriminación de otras formas de organización política, cultural y social se hace uso de esos presupuestos para reacomodar las relaciones de inequidad entre una potencia y una naturaleza americana, América, con los roles de una mujer pasiva, obediente y de escasez mental.

En la Europa del filósofo francés Michel de Montaigne, el concepto filosófico de la forma (y su inversión, lo informe) articulaba una *episteme* acerca del mundo que no solo delimitaba la investigación empírica de la naturaleza de los hombres, sino que consolidaba una regulación moral de los cuerpos que no desdecía ciertas retóricas antiguas: el poder de crear y formar surcaba las tierras de la materia así como el hombre surcaba la piel invertida de una mujer, o tal como dice Montaigne, ellas “producen amasijos de informe carne, pero para obtener generación buena y natural les es menester otra semilla.” Así también los hombres que habitan América, campo de sembradío y exacción de hijos minerales, deben ser dominados por Europa, mas no pueden *cultivar* el mundo con su saber, es decir, *formar* el mundo desde su mirador de estrellas.

¿A caso una movilidad de la forma podía ser signo de transgresión política, teológica y científica? Es posible que el concepto de la *forma* señalara más que un contorno un imperativo filosófico y teológico. Y sólo dios, en nombre de la razón, y no al revés, definía la forma en su límite con lo disforme. A un así, los hombres, en la soledad de su conocimiento, marcaban con un compás en la tierra los planes diversos de dios, en nombre de dios. Es así que el orden de los cuerpos sexuados duplicaba el orden de los cuerpos celestes y naturales, y la

¹⁸ En el contexto del siglo XVII criollos eran aquellos españoles nacidos en América (Gage 1946: 6). Pero en el siglo XVI es de suponer que este mote tuviera un origen híbrido entre aquellos otros que vivían y nacían en América: nativos/os, mestizas/os y todo aquel nacida/o en las tierras nuevas (negros, mulatos, zambos, etc.) Esta idea de criollo *equivoco* conviene con este trabajo. V. al respecto el uso del vocablo criollo en la obra del mestizo peruano Espinosa Medrano (17)

armonía de la sociedad dependía de la rigidez de los roles sociales y políticos acordados a cada hombre o mujer, pues no eran sus sexos biológicos los determinantes del género, sino las investiduras culturales (vestimenta, conductas, gestos, movimientos, roles en el coito) como marca de superioridad o bajeza en la jerarquía de los ejemplares del modelo de una sola carne (Laqueur 1994).

Esta *ansiedad de orden cósmico* moldea los imaginarios europeos sobre los modos de actuación masculina/femenina de los criollos y nos habla de la angustia ante la desorientación que provocan unos modelos que ensayaban otras formas políticas y sociales, científicas y sexuales, y que, por lo tanto, revolvián los rasgos genéricos de cada sexo. A sí comienza también la invención de la inestabilidad psíquica y social de los americanos:

Hay una infinidad de negros y de mulatos que se han vuelto altivos e insolentes hasta el extremo de poner a los españoles en recelo de una rebelión, haciéndoles temer más de una vez la posibilidad de una intentona de levantamiento por su parte. (...) A sí pues, como el estado floreciente de la ciudad de México tan abundante en carrozas y coches, en caballos y calles, en galas y mujeres, es un estado tan *deleznable* y *resbaladizo*, no dudo que sus soberbios moradores caerán tarde o temprano bajo el poder de otro príncipe en este mundo [verbigracia, Inglaterra] (Gage 1946: 77) (las cursivas son mías)

Cuenta Laqueur en su ensayo *La construcción del sexo*, cómo el modelo del único sexo o una sola carne no es un aspecto de poca relevancia para comprender cómo en el siglo XVII la construcción retórica y política de las diferencias entre hombres y mujeres partía de las marcas de género, no genitales. Poco importaba la diferencia de los sexos biológicos, la inequidad estaba dada por la jerarquía vertical de los grados de perfección del modelo humano. Pero la *signatura* (Foucault) del orden en la escala del ser no estaba escrita sobre su cuerpo, antes bien eran primero sus actos y roles quienes escribían en nombre del órgano *en ese lugar*.

A sí mismo, recordemos que, según Galeno, la mujer era la inversión inacabada del hombre, por lo tanto podía aspirar a ser hombre, pero estaba condenada a la imperfección, al *deseo* de ser completa. En el ámbito público y social esto equivalía a ser completa si podía fundar su poder en la paternidad de una idea, de una forma racional, un orden lógico o una ley. Así, el *varón que engendra* era la versión perfecta de ese único cuerpo-matriz de las formas humanas del mundo.

Aquel modelo de una única carne se resolvía en una figuración científica del cuerpo *desencarnado sin diferencia*, pues la desemejanza no estaba en la *vaina o estuche del pene*, sino en los límites de la gestualidad y actuaciones de las formas carnales. A hora bien, eran precisamente estas marcas genéricas quienes dictaminaban la forma de esos órganos en el saber del anatomista, era el leve roce femenino de una mano o la audacia de una carcajada estrepitosa y viril: a las femeninas las *imperfeccionaban* hacia la inversión, pasividad y recepción de la forma ordenadora, y las masculinas *expulsaban de sí mismas la abyección* de su engendramiento por un orificio femenino natural (Kristeva 1980). Expulsando a la madre, secretando la materia-placenta de la madre, los hombres *ingeniaban* su cuerpo como acto de generación formal (Aristóteles).

De ahí que en un espacio americano donde las *formas de los cuerpos* (o los usos y costumbres *modelados naturalmente* en ese cuerpo) se multiplicaban, se hibridaban y desordenaban como en imitación del caos de los fenómenos físicos de la naturaleza o como efecto de la caída en el pecado del hombre y, por otra parte, donde no había teatro de la anatomía que reprodujera esas fisuras a la representación de la belleza unisexual de la figura humana, solo se podía aspirar a la inversión del modelo: pues los europeos no *reconocen* en esos cuerpos al creador de las formas del mundo, similares a sí mismos. Si la mujer no crea la forma sino que ella es la materia que recibe la forma, América, figura de mujer, si no quiere parir informe abrirá sus carnes para recibir la simiente de la razón, la religión y el rey.

El nativo o "salvaje"

¿Es decir que los cuerpos nativos eran cuerpos a la espera de un juicio sobre las *infirmidades de la carne*? Es posible. Pero ¿cómo decidir el rango o categoría de un cuerpo si las señales de género que les servían de lectura anatómica en la memoria científica de la época estaban *despintadas*, ausentes? ¿O acaso se solucionaba el problema con facilidad pues no tiene identidad sexual un esclavo, casi animal (Aristóteles)? En cualquier caso, los cuerpos de los nativos no son más despreciados por su desnudez que por la ausencia de esas marcas europeas que les permiten a los juristas, teólogos o médicos distinguir el sexo "real" de cada cuerpo. Porque de la feminidad de sus actos se puede *ingeniar* la justicia teológica y cósmica de su esclavitud.

A hora bien, si los cuerpos "naturales" están semidesnudos y por lo tanto desprovistos de marcas de género, y si los roles femeninos y masculinos conllevan diferencias de "civilización" entre los salvajes y los europeos, es posible que atemorizara el espectáculo: en cualquier momento un hombre podía ser mujer, una mujer un hombre, o ambos animales y demonios (máscaras y bailes de animales). El incremento a pura imaginación de los órganos sexuales, el vedado intercambio de roles y vestimentas articulaban en Europa una policía de la "pinta", del "rostro", de los gestos, en busca de traición al orden no sólo de la naturaleza sino de la coartada paterna entre dios y los hombres. Por la facha se atisbaba el sexo. Por el uso y la costumbre de

mujer o de hombre se ordenaba el cuadro científico, político y social de los sexos. Pero, ¿qué pasa si los *semblantes* de los rostros y cuerpos de los nativos pervierten la norma de las *figuraciones* de mujer o de hombre? Borran y entremezclan, no los cuerpos reales, sino las representaciones oscilantes de los sexos. En orden a una política de dominio y *transfiguración* de la desnudez del salvaje, una ingeniería genérica trabaja, mediante la imposición de la memoria de una *performatividad* efímera (Butler 2007), la estigmatización de esa carne abyecta, sobrecarne que crece sobre los huesos, que el europeo expulsa de sí, la angustia a la *desencarnadura* sin el cincel del discurso científico, sin la coartada neutra de un poder que se viste siempre de masculino.

II. El criollo Sigüenza y Góngora, la criolla Sor Juana y el mestizo Lunarejo.

Español que se ha vuelto lejano para el sistema de normas que impera en la vida cotidiana de las ciudades de la península, en el siglo XVII el criollo es ya una cruz de prejuicios diagramada sobre sus prácticas y costumbres americanas: todos los estigmas del juicio de la razón occidental entran a operar el cuerpo de "América" (1), figura de mujer, como si una deformidad de la materia y una precariedad de la razón acecharan las tierras de la dominación imperial. Menos que hombres, apenas mujeres, los criollos hombres ansiaban el reconocimiento no solo de sus partos racionales en el orden de la lógica filosófica sino de sus *penes en crecimiento*; por otro lado, las mujeres ponían el acento en la refutación de la gradación de las jerarquías, pero alguna angustia parece subyacer en sor Juana Inés de la Cruz respecto del modelo de su propio sexo. Pues era consciente de que no era su cuerpo, su sexo, la marca de exclusión, sino los roles que trabajaban inmemorialmente la memoria genérica de la sociedad, la pasividad que debía simular políticamente en los espacios públicos y políticos si no quería ser condenada por transgredir no su sexo, sino su género, su memoria de gestos y actos inconscientes, su archivo de sexo masculino invertido, su matriz como caricatura siniestra del poder, reflejo, mas no poder. Así, en respuesta a un caballero que la alentaba a "hacerme fuerza" y volverme hombre, Sor Juana le responde con estos versos:

Yo no entiendo de esas cosas;
sólo sé que aquí me vine
porque si es que soy mujer,
ninguno lo verifique.
Y también sé que, en latín,
sólo a las casadas dicen
uxor, o mujer, y que
es común de dos lo virgen,
conque a mí no es bien mirado
que como a mujer me miren,
pues no soy mujer que a alguno
de mujer pueda servirle.
Y sólo sé que mi cuerpo,
sin que a uno u otro se incline,
es neutro, o abstracto, cuanto
sólo el alma deposite.
(Cruz 2009: 194-195, v. 93-108)

Si el criollo resuelve sus imágenes religiosas entre dos vírgenes, Remedios y Guadalupe (Alberro 1999: 120-122), y lleva en el origen de sí mismo el despojo de los derechos de la herencia de conquistador que reclamaba, su cuerpo es trabajo de la memoria de otras imágenes culturales que lo distancian del español; en este sentido, por la fuerza de ese vivir entre formas mentales del mundo diversas, erizadas, dislocadas entre el mundo nativo y el criollo, este no puede sino *hibridar* con el nativo desde la percepción española. Y por ello, ser medio mujer, medio salvaje, medio naturaleza, medio irracional. Lo *ajeno* cae bajo sospecha de *impureza*, así como la mujer es síntoma de la oscuridad material de la naturaleza. Al respecto cabe recordar el trabajo de Homi Bhabha:

Los efectos discriminatorios del discurso del colonialismo cultural (...) no se limitan o se refieren únicamente a una 'persona' o una 'batalla' dialéctica de poder entre el yo y el otro, o una discriminación entre cultura madre y culturas ajenas. Producida mediante la estrategia de la renegación, la *referencia* de la discriminación es siempre a un proceso de escisión como condición de la sujeción: una discriminación entre la cultura madre y sus bastardos, el yo y sus dobles, donde la huella de lo que es sometido a la renegación no es reprimida sino repetida como algo *diferente*: una mutación, un híbrido. (2002:140, las cursivas están en el texto)

Mientras Carlos de Sigüenza y Góngora y Juan de Espinosa Medrano, el Lunarejo, replicaban con ironía los estigmas dominantes respecto a la capacidad racional del habitante de las tierras novohispanas, los viajeros de

las colonias actualizaban las figuraciones políticas y culturales de esos habitantes atontados por el clima, el ocio y la cercanía de “salvajes” que liberaban leche de sus pezones como madres nutricias, como mujeres grávidas. Pues en el siglo XVII, nos cuenta Knibiehler, “los europeos creían, de acuerdo con el testimonio de algunos viajeros, que los hombres del nuevo mundo estaban provistos de pechos desbordantes de leche: está confusión de los sexos justificaba su sumisión, puesto que era el signo manifiesto de su inferioridad.” (1996: 102)

Es decir que el criollo era el resultado de dos exclusiones, la mujer, el indígena. Mejor, el criollo era un sujeto pleno de cuerpo, de materia, de instintos, de carne. Ningún filósofo europeo dice que Sigüenza es mujer. Pero lo femenino aquí no es sexo, no es género; es el ingenio de los dominios de poder sobre la forma de un cuerpo, *un amasijo de carne*, pero imperfecta. Es la condición de la exclusión *ingeniada* desde Europa en el teatro de los anatomistas, las prácticas de comadronas y médicos y los exámenes de la *abyección* (Kristeva) de juristas y verdugos. No a otro escenario de género en movimiento, cultural, relacional, histórico, se refieren Butler y Scott.¹⁹ Es precisamente este nuevo orden social nacido de las costumbres de las “indias” lo que impulsa el miedo de los europeos a perder su “identidad” masculina, “quisieran exorcizar el peligro de una identificación inconsciente con la mujer.” (Knibiehler 1996: 102). Por ello, desde la metrópoli se ven hombres europeos que llegan a América y pierden su poder de ordenar el mundo y mandar, su masculinidad, “pues nada bueno debe venir de allá” (Espinosa Medrano); con el tiempo serán las mujeres subalternas de Europa, es decir, esclavas de la razón, hombres hembras en una relación desigual de dominación y poder. Pues, no olvidemos, la mujer y el esclavo, figuras de razón, desde Aristóteles, corren juntas: son los bordes “resbaladizos” de inferioridad que acechan al varón.

Entre las pruebas de la vigilancia de los límites genéricos en orden a la posibilidad de una *contaminación* o desmejoramiento masculino, hallamos en el siglo XVI el control del contacto con las mujeres. De hecho, dice Laqueur, “el ‘afeminamiento’ se entendía como un grado de inestabilidad, un estado de los hombres que por su excesiva dedicación a las mujeres se les parecían cada vez más.” (1994: 216). A sí, por ejemplo, se expresaba Montaigne sobre las leyes suntuarias de los hombres:

Prescindan [los reyes] de esos bellacos calzados que tan al descubierto dejan nuestros miembros ocultos; de ese pesado henchir de jubones que tanto nos desfigura y tan molesto es de armar; de esa afeminada manera de peinar largos los cabellos.

Y si en las ciudades del “viejo continente” los modos del cortesano ya indicaban un síntoma de angustia frente a la feminización de un cuerpo destemplado por la excesiva comodidad, el placer por la música o la tersura de la seda, las formas de vida de la colonia americana eran a ojos de los europeos, aliento para la corrupción, no sólo a causa de la vida lujosa y lujuriosa de los hombres, sino también de las maneras depravadas y *contra natura* de las mujeres.²⁰ Así lo juzga el misionero dominico inglés Thomas Gage en 1625: “A lo que se dice de la lindeza de las mujeres, puedo yo añadir que gozan de tanta libertad y gustan del juego con tanta pasión, que hay entre ellas quien no tiene bastante con todo un día y su noche para acabar una manecilla de primera cuando la han comenzado. Y llega su afición hasta el punto de convidar a los hombres públicamente a que entren en sus casas para jugar. Un día que me paseaba yo por una calle (...) estaba a la ventana una señorita de grande nacimiento, la cual, conociendo que éramos *chapezones* (...) nos llamó y entabló conversación con nosotros. Después de habernos hechos algunas preguntas muy ligeras sobre España, nos dijo si no queríamos entrar, y jugaríamos una manecilla de primera. (Gage 1946: 76, la cursiva es mía)

Creímos encontrar en la habitación del prelado de aquella casa una hermosa biblioteca que nos diera indicios de su saber y de su afición a las letras, pero no vimos más que una docena de libros viejos, hacinados en un rincón cubierto y cubiertos de polvo y telarañas, como si se avergonzaran de que fuese preferida a los tesoros que contenían, una vihuela que les habían puesto encima. La celda estaba ricamente entapizada en telas de algodón,

¹⁹ Según Scott (1996: 265-302), “género pasa a ser una forma de denotar las ‘construcciones culturales’, la creación totalmente social de ideas sobre los roles apropiados para mujeres y hombres. Es una forma de referirse a los orígenes exclusivamente sociales de las identidades subjetivas de hombres y mujeres. Género es, según esta definición, una categoría social impuesta sobre un cuerpo sexuado.” Véase también Butler (2007: 60-61): “La concepción universal ha sido sustituida como punto de partida para una teoría social del género por las posturas históricas y antropológicas que consideran el género pero como una ‘relación’ entre sujetos socialmente constituidos en contextos concretos. Esta perspectiva relacional o contextual señala que lo que ‘es’ la persona y, de hecho, lo que ‘es’ el género siempre es relativo a las relaciones construidas en las que se establece. Como un fenómeno variable y contextual, el género no designa a un ser sustantivo, sino a un punto de unión relativo entre conjuntos de relaciones culturales e históricas específicas.” (las cursivas son mías)

²⁰ Ya Vicente Quesada (1917), en su clásico libro *La vida intelectual en la América española durante los siglos XVI, XVII y XVIII*, analiza las operaciones de reducción de las colonias a una situación de pauperización intelectual a partir de las leyes de Indias: severas censuras, prohibiciones de publicar libros con asiduidad, controles del envío de libros y publicaciones diversas a América, separación de los criollos de los altos cargos públicos y prohibición de escribir y estudiar sobre materias relativas a las colonias.

engalanada con adornos de pluma de Michoacán (...) El buen prior sólo nos habló de sí, de su nacimiento, de sus buenas partes, del amor que le manifestaban las principales señoras y las mujeres de los mercaderes más ricos, de su hermosa voz, y de su habilidad consumada para la música. En efecto, para que no dudásemos de estas últimas prendas, tomó la guitarra y cantó una letrilla que había compuesto él mismo a cierta linda Amarilis. (Gage 1946: 29)

Es posible, pues, pensar en los cuerpos criollos como las *invenciones ajenas* de la metrópoli: cuerpos *enajenados* del espacio europeo, quedan reducidos a la sequedad de un cerebro en exceso, así como Alonso Quijano hace de su caballero andante la "ajena invención" de sí mismo. Aunque hoy no consideramos que *lo lejano, el clima ajeno, el nacido en otra región de estrellas*, trabajen las memorias culturales de la *exclusión*, considero que en el contexto de sobrevivencia de las teorías de Galeno e Hipócrates, la naturaleza "química" del cuerpo según el clima, los humores y los astros dictaminaba las posibles combinaciones: inferior o superior. Con una clara intención de desafío a las posiciones de ciertos astrólogos en lo tocante a la influencia de los astros en el organismo físico y social de los hombres, tales como aquel jesuita austriaco Eusebio Kino, Sigüenza y Góngora escribe en 1690: Piensan en algunas partes de Europa y con especialidad en las septentrionales, por más remotas, que no sólo los indios, habitantes originarios de estos países, sino que los que de padres españoles casualmente nacimos en ellos, o andamos en dos pies por divina dispensación o que aun valiéndose de microscopios ingleses apenas se descubre en nosotros lo racional. (Sigüenza y Góngora 312-313)

En cambio el erudito Juan Espinosa Medrano, criollo mestizo de Perú, va un poco más lejos. En el prefacio al lector de su *Lógica* dice: Finalmente, para no disimular nada, confieso que la única ansia que por esta temporada ha ahondado profundamente en mi alma, es que estos escritos, valgan lo que valgan, se manden a España, es decir, al otro orbe, para ser publicados y (porque estoy lo más lejos posible de la imprenta) que sean depurados de horribles erratas. Pues he visto que las obras de no pocos han padecido la suerte de estropearse feamente en casi todo: periodos mutilados, oraciones desconectadas, silogismos suspensos, palabras omitidas. Y puesto que nosotros, *por vulgar error llamados 'indianos', somos considerados bárbaros*, no sin razón me recelo de que tales vicios y solecismos recaigan contra el autor del libro. (las cursivas son mías) (Espinosa Medrano 329)*

Las condiciones climáticas de esas regiones del mundo, en el parecer de los europeos, *inacababan* a los hombres en desmedro del potencial viril, y sus carnes moldearían partes femeninas, además de perder la inclinación a la autogeneración de formas, a la paternidad que convierte a los hombres en abarcadores de la naturaleza, en potencias del mundo. No solo el clima excesivamente cálido podía estropearlos, a pesar de ser el calor condición de la fuerza engendradora del hombre, sino que las mujeres podían volverse hombres en esa región donde todo crece en exceso, protuberancias de las frutas, animales que sobrecrecen, árboles desmedidos, pues no era el calor la norma genérica de la mujer, sino la humedad y el frío. ¿Qué se podía esperar de esta inversión de géneros y carnes sino la variedad desbordada de toda contención posible? ¿Cómo cauterizar la herida epistemológica de ese espacio americano antes de que los cuerpos *hibriden* más y si aún cuando se los señalizaba con *semejanzas de lo informe* siempre estaban un poco más allá de la casilla de la última estrella observada? Observatorio americano, los discursos sobre el cuerpo, el cielo y la ley social eran las anteojeras de la dominación de la movilidad de la carne informe, espacio informe, saber informe que esa figura de América representaba al desafío del orden de la razón y la paternidad masculina occidental. No pueden ser cuerpos que paren ideas, pues reciben de nuestro cuerpo la razón, no pueden ser carnes femeninas, pues no demuestran pasividad.

En el siglo XVII, entonces, el criollo letrado no sólo ausculta por mirillas de luz -o telescopios los cielos, sino sus propios cuerpos "afeminados", "imperfectos", "inacabados" en busca de desmarcarse de la oscuridad del "cielo" falsamente observado (es decir, basado en las Escrituras de una orden política de ultramar); a la luz de las mentes racionales europeas estos saberes americanos sólo pueden detenerse en el gesto inacabado de un sexo a punto de hacer fuerza para convertirse en "hombre"; quiero decir, y a la luz de las mentes criollas, en pensador del mundo incluyendo la aporía del campo europeo del saber, haciendo con la imagen dominante del "rústico aborto" o el campo infértil, una nueva composición del mundo que incluya la grieta en las gráficas de las Escrituras y Autoridades. Casi una cuestión de astrología pura. Pues en lo que al orden jerárquico de los sexos se refiere, la astronomía tenía mucho que decir. No eran estrellas de una región inferior esos cuerpos americanos, decía Espinosa Medrano (325-327), sino habitantes de las zonas superiores, tal como los antiguos lo comentaban. Y nada que esté en lo alto puede ser torpe, sino ingenio de valor y sutileza. Así los propios criollos prueban con su producción de "partos" de conocimiento que no sólo materia, oro y plata, paren esas tierras, sino productos de la mente, cuestiones de hombre, carnes habitadas por el poder de formar una idea, mas no carnes solo pasivas del acto dominador del hombre peninsular*:

Mas ¿qué si habré demostrado que nuestro mundo no está circundado por aires torpes y que nada cede al Viejo Mundo? No fue en efecto un poeta peruano sino un romano, Manilio, quien lo cantó veraz y elegantemente (...) Por consiguiente, los peruanos no hemos nacido en rincones oscuros y despreciables del mundo ni bajo aires más torpes, sino en un lugar aventajado de la tierra, donde sonrío un cielo mejor, por cuanto las partes

superiores son preferibles a las inferiores y las diestras a las siniestras. (...) Conque para los peruanos las estrellas son diestras, y sin embargo su fortuna es siniestra. Y ¿por qué? Sólo porque son superados por los europeos en un solo astro, a saber el agosto, óptimo y máximo rey Carlos. (...) A leizados, pues, en el otro orbe, carecemos de *aquel calor celestial con que el príncipe nutre, alienta, fomenta y hace florecer la excelencia y todas las artes.* (la cursiva es mía)

Si sor Juana Inés de la Cruz debe "hacer fuerza" para *dar a luz* un sexo masculino (2009: 194, v. 85-92), y así con "derecho" escribir con una caligrafía viril, formar *conceptos*, observar el mundo y determinar empíricamente la legalidad que lo sustenta o refutar sermones, entonces Sigüenza y Espinosa Medrano son seres *no acabados* también, acaso mujeres, acaso irracionales. Pues toda aspiración al poder supone una transgresión genérica: esos cuerpos híbridos, mutantes (Bhabha) se travisten de poetas, científicas/os y eruditas/os siendo objetos o receptáculos pasivos de saber; desde la celda de clausura epistemológica impuesta por Europa el americano no puede constituirse como "creador" de conocimiento, porque no es fiable todo aquel saber que se genera desde el descentramiento continuo, desde los desbordes de la "armonía", desde las mutaciones de *las formas y modelos creados de la naturaleza.*

A sí, es dentro de las relaciones de poder que los/as criollos/as desarmen la política genérica de la capitalización del saber: dudan de la inversión del cuerpo de sor Juana y la suponen varón travestido, pero, aunque los hombres no lo saben, un gran padre, un gran varón (¿el rey?) los ha considerado *hijas bastardas* de su manceba América, con figura y rol de mujer. Mientras los hombres de América sufren las *contaminaciones* de los roles pasivos y ociosos de una mujer, la poetisa mejicana dice "que yo soy toda mi especie/ y que a nadie he de inclinarme, / pues cualquiera debe sólo/ amar a su semejante" (Cruz 1999: 207, v. 141-144), y, por lo tanto, es ella más modelo de hombre o neutro que de mujer. Luego, la indeterminación genérica de Sor Juana no alarma sólo por su *desafío varonil** sino porque desmarca el lugar de la apropiación dominante del saber; al mismo tiempo que parodia "la idea de lo natural y lo original" (Butler 2007:95) deja señuelos acerca de las celdas en las cuales reposan los cuerpos biológicos y políticos americanos, sellados bajo treinta llaves:

¡Que dieran los saltimbancos
a poder, por agarrarme
y llevarme como monstruo,
por esos andurriales
de Italia y Francia, que son
amigas de novedades
y que pagaran por ver
la cabeza del gigante,
diciendo: 'Quién ver el Fénix
quisiere, dos cuartos pague,
que lo muestra maese Pedro
en la posada de Jaques'!
¡A questo no! No os veréis
en ese Fénix, bergantes;
que por eso está encerrado
debajo de treinta llaves.
(Cruz 2009: 208; 49:177-192)

* En el contexto del siglo XVII criollos eran aquellos españoles nacidos en América (Gage 1946: 6). Pero en el siglo XVI es de suponer que este mote tuviera un origen híbrido entre aquellos otros que vivían y nacían en América: nativos/os, mestizas/os y todo aquel nacido/a en las tierras nuevas (negros, mulatos, zambos, etc.) Esta idea de criollo *equivoco* conviene con este trabajo. V. al respecto el uso del vocablo criollo en la obra del mestizo peruano Espinosa Medrano (17)

** Cfr. Butler: "Si la sexualidad se construye culturalmente dentro de relaciones de poder existentes, entonces la pretensión de una sexualidad normativa que esté 'antes', 'fuera' o 'más allá' del poder es una imposibilidad cultural y un deseo políticamente impracticable, que posterga la tarea concreta y contemporánea de proponer *alternativas subversivas de la sexualidad y la identidad dentro de los términos del poder en sí.* Es evidente que esta labor crítica implica que operar dentro de la matriz de poder no es lo mismo que crear una copia de las relaciones de dominación sin criticarlas; proporciona la posibilidad de una repetición de la ley que no sea su refuerzo, sino su desplazamiento. En vez de una sexualidad 'identificada con lo masculino' (en la que lo 'masculino' se utiliza como la causa y el significado irreductible de esa sexualidad, se puede ampliar la noción de sexualidad construida en términos de relaciones fálicas de poder que reabren y distribuyen las posibilidades de ese falicismo justamente mediante la operación subversiva de las 'identificaciones', las cuales son ineludibles en el campo de poder de la sexualidad." (Butler 2007: 93-94, las cursivas son mías). Cfr. también Valcárcel, Amelia (1994), *Sexo y filosofía. Sobre "mujer" y "poder"*.

Bibliografía:

- Alberro, Solange. "Remedios y Guadalupe: mujeres águila". El águila y la cruz. Orígenes religiosos de la conciencia criolla. México, siglos XVI-XVII. México: FCE, 1999.
- A morós, Celia. "Hongos hobbesianos, setas venenosas". En: *Feminaria*. Año VII, (nº 12), 1994. p. 1-5
- Bhabha, Homi. "Signos tomados por prodigios", en: *El lugar de la cultura*. Buenos Aires, Manantial, 2002.
- Berriot-Salvatore, Evelyne. "El discurso de la medicina y de la ciencia". En: Duby, Georges, Perrot, Michelle. *Historia de las mujeres. Del Renacimiento a la Edad Moderna*. Madrid: Taurus, 2000.
- Butler, Judith. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós, 2007.
- Cruz, Sor Juana Inés de la. *Obras completas, I. Lírica personal*. México: FCE, 2009.
- Espinosa Medrano, Juan de. *Apologético*. Tamayo Vargas, Augusto, pról. Caracas: Biblioteca Ayacucho. Edición digital. Portal: Biblioteca Ayacucho digital. <http://www.bibliotecayacucho.gob.ve>
- Gage, Thomas (1648). Juárez Muñoz, Fernando, ed. *Nueva relación que contiene Los viajes de Thomas Gage en la Nueva España*. Guatemala: Biblioteca "Goathemala" de la sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. Vol. XVIII, 1946
- Knibiehler, Ivonne, "Madres y nodrizas". En: Tubert, Silvia, ed. *Figuras de la madre*. Madrid: Cátedra, 1996.
- Kristeva, Julia. *Pouvoirs de l'horreur : Essai sur l'abjection*. Paris : Editions du Seuil, 1980.
- Laqueur, Thomas. *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Barcelona: Cátedra, 1994.
- Montaigne, Michel de. *Ensayos I, II, III*. Buenos Aires: Orbis, 1984.
- Quesada, Vicente. *La vida intelectual en la América española durante los siglos XVI, XVII y XVIII*, Buenos Aires: La cultura Argentina, 1917.
- Scott, Joan. "El género: una categoría útil para el análisis histórico. En: Lamas, Marta, compiladora. *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. PUEG: México, 1996. 265-302. Portal: <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/scott.pdf>
- Sigüenza y Góngora, Carlos. *Seis obras*. Irving, Leonard, pról. Caracas: Biblioteca Ayacucho. Edición digital. Portal: Biblioteca Ayacucho digital. <http://www.bibliotecayacucho.gob.ve>
- Valcárcel, Amelia. *Sexo y filosofía. Sobre "mujer y poder"*. Barcelona: Anthropos, 1994.